

SENTIDO ESPACIAL DEL LIBERTADOR



General JULIO LONDOÑO

Discurso pronunciado por el Autor en la Sociedad Bolivariana de Colombia con motivo del 130º aniversario de la muerte del Libertador.

Se cumplen mañana 130 años de la muerte del Libertador. Esta fecha es importante, más que por el recuerdo que nos trae de un hecho luctuoso, porque de tiempo en tiempo nos muestra la figura de Bolívar por aspectos insospechados.

En los años inmediatos a su muerte se le vio como a un guerrero, como a un grande hombre a quien el destino había ayudado a ganar una serie de batallas fulgurantes, como Boyacá, Junín y Carabobo. Pero más tarde, cuando los países de América se fueron estructurando y saliendo lentamente de la noche colonial, América toda, releía la carta de Jamaica en donde, con tono profético, había señalado los delineamientos futuros de cada uno de los estados.

Cuando esos mismos países se decidieron a trazarse un rumbo, apareció en la escena el político cuyas ideas se discutían hasta la sangre entre centralistas y federalistas. Y el guerrero era menos importante que el hombre de visión profética y este quedaba en segundo plano para dejar el primero al político.

Pasado el tiempo los estados sintieron necesidad de federarse. La asociación con intereses diferentes se hizo preocupación universal y se revivieron entonces los planes que antes parecían fantásticos, de la Federación de los Andes, la Federación del Caribe, y la Gran Colombia, efímera concesión que le hicieron sus contemporáneos para los cuales el horizonte demasiado lejano les impedía abarcar esa inmensidad.

Cuando llega la segunda guerra mundial se piensa justamente en que América necesita formar un solo bloque en donde todos los países estén estrechamente unidos para que la defensa sea conjunta y la fortaleza se acreciente. Solo entonces se recuerda su concepción de Panamérica que consistía en la formación de un continente que como un bloque pétreo fuera capaz de resistir los más fuertes ataques de las gentes de otros continentes. Y se repetían sus palabras como si nunca antes hubieran tenido sentido. "Yo deseo -decíamos que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y ri-

quezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme de que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república. Como es imposible no me atrevo a desearlo."

Y así llegamos al día de hoy en que los países quieren ser dueños de grandes espacios, como si el espacio fuera para ellos la más clara forma de destino. Las naciones que dominan el mundo son tan extensas que ante ellas resultan casi insignificantes los grandes imperios de la antigüedad. Quieren espacios que abarquen innumerables materias primas, que aumenten sus posibilidades de comercio y de conquista, que fortalezcan su influjo diplomático, que les permita estar mejor preparados para la defensa. Quizás por eso en nuestra América las naciones más

extensas van a la cabeza de la cultura y la civilización. En busca de un gran espacio los países se juntan estrechamente como reto al futuro. Donde las áreas son pequeñas aparece la destrucción y la violencia.

Cuántas veces y de cuántas maneras el Libertador estuvo hablando a estos países sobre la necesidad de que conservaran sus espacios, de que no se dividieran, de que mantuvieran grandes extensiones para hacer más seguramente frente al porvenir. Por eso escribía sin cesar: "Es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir con suceso las agresiones que pueda intentar la ambición europea; y ese coloso de poder que debe oponerse a aquel otro coloso, no puede formarse sino de la unión de toda la América Meridional..." Pero la tragedia del Libertador consistió principalmente en que iba muy adelante de su tiempo: sus ideas más parecían locuras que verdades. Solo pasados unos años la locura consistía en no haberse percatado de ellas y haberlas seguido ciegamente.

El Libertador ha sido la mayor mentalidad espacial que ha tenido el continente. Sus creaciones fracasaron porque quienes lo acompañaban o sucedieron carecían de ese dón, de ese poder milagroso de ver a distancias inmensas, de poder vislumbrar lo que había más allá del horizonte. Necesitaban el límite, la parcela, la política enmarcada en la topografía. En cambio, la fuerza telúrica del limo de América pasa a la carne del héroe, se infiltra en su sangre, gana su cerebro y su corazón y le dice al oído sus secretos. Por eso pasa él por encima de las fronteras, olvidándose a veces del futuro; forja en su mente federaciones y junta las partes del continente de mil maneras que otros no podían entender.

GENERAL (r)
JULIO LONDOÑO

Oficial de Ingenieros. Egresó de la Escuela Militar de Cadetes, como Subteniente en 1931, habiéndose retirado del servicio activo en 1951 cuando ocupaba el cargo de Subjefe del Estado Mayor General. Ha desempeñado los siguientes cargos: Agregado Militar en el Perú y Francia; Miembro de la Comisión desmilitarizadora después del conflicto Colombo-Peruano, Asesor geográfico de la Comisión Asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores y Embajador de Colombia en la República Dominicana. Es miembro de las siguientes entidades: Academia Colombiana de Historia, Sociedad Geográfica de Colombia, National Geographical Society Estados Unidos, Sociedad Bolivariana de Colombia e Instituto Colombiano de Sociología. Principales obras publicadas: Geopolítica de Colombia, Visión Geopolítica de Bolívar, Suramérica o la Geografía como destino, Los Fundamentos de la Geografía Política, Nación en Crisis, Diccionario Histórico y Geográfico del Huila. Actualmente es profesor de Geografía Política en la Escuela Superior de Guerra y en la Universidad de Bogotá "Jorge Tadeo Lozano".

Ni la concepción audaz, ni las fulguraciones geniales, ni la palabra encendida, ni la generosidad ilimitada, ni la tenacidad infatigable, ninguna, en fin, de las condiciones sobresalientes de Bolívar agiganta su figura como la concepción espacial. Porque hay que convenir que en este plano no hay en el continente uno que le aventaje. Parece que su alma estuviera saturada de inmensidad. No de otra manera puede explicarse esa capacidad para que sus ideas no se pierdan en lo indefinido y pueda adecuar sus planes a un espacio sin límites. Para él lo natural es lo inmenso. Lo común es lo que no tiene contorno. Su pensamiento no se deja aprisionar en la red artificial de las fronteras, no permite que lo cerquen como murallas aquellos trazos geométricos.

Por eso hoy nos parecen tan suyos aquellos pensamientos en estas materias. Solo en él puede aparecer justo y lógico que diga: "Ya me tiene Ud. comprometido a defender a Bolivia como a una segunda Colombia: de la primera soy padre, de la segunda soy hijo; así, mi derecha está en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del Río de la Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos..." Cuando en cualquiera otro parecería desvario en él es cuerdo que diga: "Nuestra magnífica posición entre dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo: los lazos comerciales de América, Europa y Asia traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo".

Y ningún otro americano parece haber sentido dentro de sí la resonancia del Cosmos de manera tan clara. Enfermo y aparentemente vencido en Pátivilca escribe: "En todos los momentos las obras de los hombres han sido frágiles, mas en el día son como embriones nonatos que perecen antes de desenvolver sus facultades; por todas partes me asaltan espantosos ruidos de caídas, mi época es de catástrofes; todo yace y muere a mi vista como si fuera relámpago, todo no hace más que pasar... Bonaparte, Castleraagh, Nápoles, Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Itúrbide, San Martín, O'Higgins, Revagüero y la Francia en fin, todo cae derribado por la infamia o por el infortunio. Y yo de pie? Nó, no puede ser, debo caer..."

Toda la vida del Libertador está llena de esta emoción espacial. No hay uno solo de los hechos de su carrera meteórica en que no se manifieste: en sus planes y en sus realizaciones, en sus afanes y en sus cóleras, en sus ideales juveniles y en sus recomendaciones postreras. Es ella la que lo mueve de continuo desde Potosí hasta Caracas y desde Bogotá hasta Arequipa. Es la que hace que los encabezamientos de sus cartas dibujen el mapa de América. No es de extrañar, por tanto, que como si fuera a emprender un nuevo viaje sus últimas palabras fueran la expresión de ese esfuerzo que lo impelía a ir cada vez más lejos: "Vámonos... Esta gente ya no nos quiere... Que lleven mi equipaje a bordo".